

DEL SILENCIO AL AMOR

Un camino de la mano del Beato G. José Chaminade



II - RECORRER LAS SENDAS DE LA FE

Si el silencio es la puerta, el recorrido del camino está guiado y animado por la fe.

¡Qué felicidad para nosotros si pudiéramos caminar el resto de nuestros días por las hermosas sendas de la fe y no obrar sino por la fe, ni vivir sino de la fe!
(Lettres III, 661)

Aquí pedimos por usted; usted rece por mí, para que yo me mantenga siempre en el camino de la fe que yo intento mostrar a los demás (Lettres II 334)

Momentos de un peregrino

1. Salida hacia el exilio de Zaragoza (1797)

¿Qué debe hacer un alma fiel en el caos de acontecimientos que parecen engullirla? Mantenerse imperturbable por una fe que, al hacernos adorar los designios eternos de Dios, nos aseguran que todo sucede para bien de los que aman a Dios (Lettres I 10).

2. Hombre de acción a los 64 años

Seguramente encontraréis muchas incorrecciones de estilo en mis cartas: Me veo continuamente interrumpido mientras escribo: y no tengo tiempo de releer lo escrito... Apenas puedo pensar en los asuntos si no es mientras los estoy tratando. Pero normalmente lo hago sin preocupaciones, con paz y en la presencia de Dios (Lettres II 356).

3. La segunda revolución (1830)

¡Nos encontramos en medio de un mundo nuevo! Me encuentro en Francia como en tierra extranjera. No sé casi qué decir ni qué hacer. Por mi parte, yo aguardo a que los acontecimientos vengan a mí, más que ir yo al encuentro de ellos. No tengo otra política que recurrir todos los días a la Santísima Virgen (Lettres II 575).

4. Carta al papa Gregorio XVI a los 77 años

Para poner un dique frente al torrente del mal, el Cielo me inspiró a comienzos de este siglo solicitar de la Santa Sede el nombramiento de Misionero apostólico, con el fin de reavivar o de volver a encender en todas partes la llama de la fe, presentando por todos lados, ante el mundo asombrado, grandes cantidades de cristianos católicos de toda edad, sexo y condición que, reunidos en asociaciones especiales, practicaran sin vanidad y sin respeto humano nuestra santa religión, con toda la pureza de sus dogmas y de su moral (Lettres IV 1076).

5. A partir de 1844, con 83 años, una dura experiencia

Acordaos, mi querido hijo, que os he dicho varias veces que cuanto más se multiplican los actos de oposición, más sentía yo la fuerza para resistir porque mi conciencia, que yo seguiré con la gracia de Dios hasta la muerte, no me permite ceder (Lettres VI 1312). Yo me pongo enteramente en las manos de Jesús y de María para que ellos dispongan de mí según les plazca. ¡Qué felicidad morir humillado y anonadado ante los hombres por amor del divino crucificado! (Lettres VI 1328). Yo no dudo en absoluto, mi querido hijo, que Dios no ha permitido esta gran agitación en la Compañía sino para purificarla, incluyendo a su Superior y fundador (Lettres VI 1363). Mi confianza está en el Señor y en su santa Madre por quien yo quiero vivir y morir (Lettres VI 1308).

¿Qué es la fe?

1. Un principio vital arraigado en el corazón

No es un sentimiento, no es un conjunto de ideas, no es una serie de preceptos morales, es UNA CONVICCIÓN profunda, que se arraiga por la vía del amor, que sostiene y da fuerza para vivir.

La luz de la fe debe iluminar todos los momentos de nuestra existencia y guiarnos en todas nuestras acciones. La recibimos en el bautismo y nos sostiene en nuestra última hora mostrándonos las puertas de la eternidad. Guiados por ella debemos actuar entre estos dos términos de nuestra vida. Ella es el principio vital de nuestra existencia (EF 284)

La vida cristiana no se sostiene sino en cuanto está animada por la fe (EF 1241).

¿Cuál es el principio vital del alma que la pone en acción? El principio vital es la fe. Si el cuerpo no tomase alimentos, terminaría por morir. Lo mismo pasa con el alma. Hay un pan espiritual. ¿Qué es comer espiritualmente? Es hacer actos de fe. Pues bien, en todas vuestras acciones, volved a Dios (EF 1246).

Hay que amar lo que se cree... el corazón no se somete sino amando (Lettres III 661)

Yo creo en Dios. Yo creo en Jesucristo. Significan que, no solamente se cree que hay un Dios, sino además que se le ama y que se espera en Él; que hay un Jesucristo, Hijo único de Dios y que se le ama y se espera en Él (D II 4).

2. La experiencia de una presencia amorosa

Si nuestra fe es de Dios, producirá en nosotros la convicción íntima de Dios. De un Dios presente siempre y en todas partes; de un Dios al cual debemos referirlo todo (EF 286).

La Trinidad está tanto en la tierra como en el cielo; en cualquier lugar en que podemos estar. De esta manera el paraíso está en la tierra, y nuestra tierra se convierte en un paraíso. Qué felices seríamos si nuestros ojos estuviesen abiertos y viésemos siempre como nuestros ángeles, la faz del Padre, del Hijo y

del Espíritu Santo. Sin embargo la fe nos da ese privilegio. Estamos por tanto dentro del ser infinito de Dios. Bebemos nuestra vida de la vida viviente que se origina en el Padre, vida del Hijo, vida del Espíritu Santo. ¡Qué dulce pensamiento para un cristiano cuando, considerando que Dios está en todas partes con todas sus grandezas, está en él con todo su poder! ¡Qué descanso después en su corazón sabiendo que todas las criaturas, todos los demonios del infierno, están sujetos a este poder sin límites! ¿Qué puede temer? Si Dios está en todas partes con todas sus grandezas, lo está también con todas sus infinitas bondades que no pueden explicarse... Lo está pues con su sabiduría que lo gobierna todo, que dispone todo de modo admirable de modo que hasta los mayores males se convierten en grandes bienes para aquéllos que le aman. Está también en su providencia que abrumba a sus pobres criaturas con el cúmulo de sus beneficios... (EF 624-626).

A pesar de la sobrecarga de trabajo y de ocupaciones, no debéis dejar de manteneros siempre unido a Dios por medio de una gran fe en su presencia (Lettres IV 1095).

3. Una luz nueva sobre las cosas

Obrar por la fe, practicar la fe y vivir de la fe, es mirar todos los objetos naturales y sobrenaturales que se nos presentan, con el conocimiento que Dios tiene de ellos y que nos comunica por la fe, y después examinarlos y juzgarlos según esta luz, para conformar con ellos nuestra conducta (EF 948).

La fe nos pone en comunicación con Dios mismo: nuestra mente con su mente; nuestro corazón con el suyo. Las luces de su Espíritu pasan al nuestro. Vemos las cosas como Dios las ve. Juzgamos las cosas como Dios las juzga. Poco a poco caen nuestros prejuicios. Adquirimos la sabiduría de Dios y la ciencia de los santos (EF 1275).

4. Un modo nuevo de obrar

Fe práctica, activa y eficaz que se traduce en obras. Una fe que se limitara a los sentimientos no puede servir más que para nuestra condenación (EF 547).

Tenemos el medio de acrecentar nuestra fe, de hacerla más viva: son las buenas obras. Las buenas obras tienen cierta virtualidad en sí mismas apta para ser alimento de la fe (EF 584).

La fe que opera por la caridad; que ama por la caridad; que perdona por la caridad; que siente por la caridad (EF 210).

La unión de los primeros cristianos y la que debe existir entre los miembros de la Congregación, está fundada en la caridad. La caridad es su principio y su vínculo. Tiene por modelo la unión de las tres Personas adorables de la santísima Trinidad (EP I 58.4).

El fruto de la fe: la vida nueva en plenitud

Cuando la luz de la fe penetra en nuestra alma, el Verbo de Dios viene a habitar en ella. Y esto no es pura imaginación. El apóstol, es decir, el Espíritu Santo por su boca, nos lo ha revelado: Dios habita en nosotros por la fe (Ef 3,17). Si la luz de la fe es el Verbo de Dios, si por ella es el Verbo adorable quien se digna venir a habitar en nosotros, se comprende que la fe —o convicción que resulta de la impresión de esta luz— sea precisamente la unión de Cristo con nosotros, unión que llega hasta transformarnos en Jesucristo. Por la fe, en efecto, como ya lo hemos visto, nuestra mente esclarecida ya no piensa más que como Jesucristo: es Jesucristo que se ha unido a nuestra mente. Animado por la fe, nuestro corazón ya no siente ni ama más que como Jesucristo: es Jesucristo que se ha unido a nuestro corazón. Dirigida por la fe, nuestra voluntad ya no actúa más que como Jesucristo: es Jesucristo que se ha unido a nuestra voluntad. De este modo se ha formado en nosotros el hombre nuevo (EO 210).

Dios se dijo: "No quiero crear sólo criaturas racionales, capaces de conocerme, amarme y servirme, sino que quiero también que sean felices sirviéndome a mí". Dios nos ha creado para que encontremos la soberana dicha en Él. Si Dios no nos hubiera creado para la suma dicha, no habría puesto en nosotros ese deseo continuo de ser felices que tenemos todos. Se tiende a la soberana felicidad por el amor. El amor de Dios pone en posesión del mismo Dios. La fe (animada por la caridad) hace poseer a Dios, une con Dios (NR III, 586).

Todos estos misterios de amor no se han obrado en María sin su participación activa. No se obran en ella sino después que ella pronuncia el Fiat, que hace feliz al Cielo y a la tierra. Gracias a su fe admirable se pone en la disposición actual de recibir todos estos beneficios del Altísimo. 'Dichosa tú que has creído...' ¡Cuán admirable es esta fe de la augusta María! Cree en los misterios

que le son anunciados, y estos misterios se cumplen en ella (...) Los mismos misterios nos son anunciados a nosotros, se cumplirán si tenemos fe; se cumplirán, puede decirse, en proporción a nuestra fe (D II 9).

Lo que no ceso de admirar desde hace algún tiempo, demasiado poco en verdad, es que María, en el momento de la Encarnación, quedó asociada a la fecundidad eterna del Padre, por su vida de fe, animada por una caridad inconcebible, y engendró a la humanidad de que se revestía su adorable Hijo. Todos los tesoros de la divinidad se reducen en María a la fe de que estuvo animada. Se convirtió en ella en una plenitud de gracia, y en una fuente de vida (Lettres V 1271)